FL 03 82

Natura, lengua y literatura griegas, título, Tucídides y la guerra del Peloponeso, autor, Juan Antonio López Férez, fecha de emisión 18 de mayo de 1984. En unos minutos vamos a ocuparnos de Tucídides, que es considerado unánimemente como el historiador más importante del mundo griego antiguo. Nuestro enfoque será especial, pues no vamos a entrar en su obra sólo desde un punto de vista histórico, sino que nos interesa especialmente estudiarla desde una perspectiva literaria.

Tal como suele suceder con otros autores de la antigüedad, a pesar de ciertas biografías tardías y de algunos fragmentos papiráceos, los datos fundamentales sobre su vida hay que buscarlos en la propia obra del historiador. El ateniense Tucídides era hijo de Oloro, y parece haber estado relacionado por su nacimiento con la aristocracia ateniense más elevada. Sabemos, por ejemplo, que nuestro autor tenía adjudicada de parte del Estado ateniense la explotación a perpetuidad de unas minas de oro en Tracia.

Ello nos da prueba fehaciente de la cuantiosa fortuna de que disfrutaba. Fue elegido estratego en el año 424 a.C. Recordemos que los estrategos atenienses, el número de diez, eran elegidos cada año a mano alzada. Disfrutaban de plenos poderes militares y civiles.

Para ser elegido estratego era menester haber cumplido 30 años. Pues bien, Tucídides, por haber fracasado en el sitio de Amfípolis, fue condenado al destierro en el año 424 a.C. Él mismo nos lo dice así. No regresó a Atenas hasta el 404 a.C., año en que acabó la guerra del Peloponeso que había comenzado en el 431.

Estando en el destierro pudo asistir a diversos enfrentamientos bélicos entre los contendientes en Liza. De una parte, los atenienses y sus aliados. De otra, los peloponesios y los suyos.

Vamos a ocuparnos ahora de la obra de Tucídides. Como tantos escritos de la antigüedad, carece de título propio, pues el de Historias de Tucídides es tardío. Tampoco se remonta al autor la división en ocho libros con que conocemos la obra, llamada también Historia de la guerra del Peloponeso.

A diferencia de otros autores anteriores, especialmente de Heródoto, Tucídides limita su atención sólo a la guerra del Peloponeso, convencido desde el principio de la misma de que había de ser la más importante de todas las hasta entonces acaecidas. Nos dice así. Habiendo comenzado a escribir la obra nada más declararse la guerra.

Nuestro autor selecciona siempre entre diversos materiales antes de componer definitivamente el texto de su obra. Por eso no hay homogeneidad alguna en la distribución de los contenidos, sino que los asuntos más importantes o los años decisivos en la magna confrontación requieren una atención mayor. La guerra del Peloponeso puede esquematizarse así.

Una primera guerra de diez años, siete años de tregua y una segunda de diez años también. Pero el caso es que la obra de nuestro historiador abarca desde el 431, comienzo de la situación bélica, hasta el 411, cuando aún faltaban siete años para que finalizara el conflicto. Tucídides, que recogió muchos materiales durante toda su vida y que pudo escribir una primera redacción o apuntes de trabajo durante la propia guerra, a raíz de los acontecimientos, no llegó a terminar la redacción de toda su historia, sino que lo sorprendió la muerte cuando la tenía ya en avanzado estado de realización.

No obstante, es hoy opinión extendida la de que falta una revisión general de todo el trabajo que fue publicado casi inmediatamente después de la muerte del historiador. Al estudiar a Tucídides desde el plano literario nos encontramos con un caso interesante de composición literaria, habida cuenta de que el historiador escribió desde el mismo comienzo de la guerra sobre un conflicto bélico que fue prolongándose más allá de lo que era de esperar, llegando a un momento en que el autor decidió dar forma definitiva a los sucesivos apuntes y borradores que había ido tomando, sin duda desde el principio de las hostilidades, como confiesa personalmente. Pero frente a quienes como los críticos analíticos han querido ver en la obra de Tucídides contradicciones, omisiones y capas de distinta cronología, la actitud corriente hoy día es negar los pretendidos añadidos posteriores y la existencia de capas o estratos dentro de la obra que estudiamos.

La razón principal que ha llevado a adoptar tan sano criterio ha sido el haber comprobado, estilométrica y lingüísticamente, en los grandes escritores del siglo XIX, precisamente dentro de aquellas obras que les llevaron muchos años, la existencia de modificaciones esenciales en algunos pasajes del texto definitivo, mientras que otros lugares han quedado prácticamente iguales que en la primera redacción. Los discursos. Aparte de las narraciones abundantes en descripciones, documentos históricos de diversa índole y catálogos diversos, Tucídides aprovechando un uso que se remonta a Homero y que fue muy empleado por los poetas posteriores, así como por los prosistas anteriores a nuestro autor, ofrecen su obra más de 40 discursos que, en cierta manera, sirven para explicar las causas de los sucesos y los motivos de las acciones, especialmente al oponer, de forma antitética, los discursos de representantes de bandos o ideologías diversas.

A la sazón, los discursos contrapuestos, las antilogías, estaban de boda entre ciertos círculos sofísticos. Protágoras, por ejemplo, creía que las antinomias dominaban en todas las actividades humanas. Tucídides, en cambio, difiere en puntos esenciales respecto de los sofistas.

No defiende de antemano ningún criterio ni persigue la victoria sobre el contrincante de turno, sino que busca exponer los pros y contras de un proyecto o suceso. Por ejemplo, en el libro I capítulo 68 y siguientes, hablan los corintios intentando convencer a los lacedemonios para que entraran en la guerra, y al mismo tiempo les echan en cara que consientan a los atenienses cometer tales excesos. Leemos así, siempre siguiendo la traducción de Rodríguez Adrados, Madrid, 1952.

Los culpables sois vosotros, que primero dejasteis fortificar su ciudad al acabar las guerras médicas, después levantar los muros sagrados, y desde entonces hasta ahora habéis estado quitando la independencia, no sólo a los que ellos esclavizan, sino también en estos momentos a vuestros aliados, pues no es el que esclaviza el que en realidad lo hace, sino el que puede impedirlo y no se preocupa de ello, sobre todo si pretende para sí la gloria de ser el libertador de Grecia. Sois los únicos de los griegos, oh lacedemonios, que seguís una política de paz. Y cuando les llega el turno replican los atenienses diciendo que han salvado a Grecia entera en Maratón y Salamina y que por ello tienen un gran imperio sobre los demás griegos.

Por tanto, no hemos hecho nada digno de extrañeza, ni fuera de la naturaleza humana, al aceptar un imperio que se nos daba y no abandonarlo cediendo a los tres motivos más fuertes, la honra, el miedo y el interés. Dado, por otra parte, que en esto no hemos sido los primeros, sino que siempre ha sido normal que el más débil sea reducido a la obediencia por el más poderoso y que además creemos ser dignos de ello. Vosotros utilizáis el lenguaje de la justicia, que ninguno, siéndole posible adquirir algo por la fuerza, ha tomado en consideración, rehusando por ello, una ventaja.

Especial interés tienen los discursos contrapuestos de Cleón, representante del Partido Popular, y Diódoto, hombre moderado, en lo relativo a ejecutar o no a los mitilenios que habían hecho defección de Atenas. Otras veces, en cambio, cuando lo expuesto en el discurso se da por válido, no encontramos réplica a la tesis principal. Así acontece en los que pronuncia Pericles y Hermógenes, que por ello mismo adquieren una función eminentemente dramática.

Tucídides dice que por la dificultad de recordar las palabras realmente dichas en tales discursos, prefiere exponerlos a la manera que, dadas las circunstancias del momento, Es decir, en los discursos Tucídides se interesa más por la verdad política o motivos de los sucesos que por la verdad histórica o palabras que se dijeron en determinado caso. Los discursos tienen un valor didáctico, poner en evidencia la ideología y propósitos de quienes hablan. Y dramático, en cuanto que se exponen al oyente o lector de la obra los hechos en toda su inmediatez, pues el autor hace como si se retirara de la escena.

El lector, pues, ha de tomar parte activa en el curso de la acción, sacar sus conclusiones y descubrir parte de la verdad. De singular belleza es el discurso de Pericles llamado Epitafio, en honor de los primeros muertos habidos en la guerra. Se exponen allí, junto a ciertas ideas aristocráticas, pensamientos de corte ilustrado, el prestigio individual y la igualdad de los ciudadanos frente a la ley, la libertad de acción compatible con el respeto a la ley, la comodidad de vida aunada con el valor personal, la razón al lado de la acción, etc.

A decir verdad, el Epitafio es una buena muestra de la ironía Tucididea o empleo de elementos literarios y lingüísticos con fines distintos a los habituales. Efectivamente, tal discurso fúnebre no se consagra, como era usual, al encomio de los muertos y al alivio de los supervivientes, sino al elogio sin reservas de la Atenas de Pericles. De ejemplar dramatismo es el discurso de los Melios, donde estos indefensos habitantes de la isla de Melos intentan contener, mientras

hablan de justicia, libertad y respeto a los dioses, al descomunal enemigo ateniense, celoso defensor a la sazón de una política imperialista y cruel basada en la fuerza bruta.

La lengua que emplea Tucídides ha merecido desde siempre una especial atención de los estudiosos. El gran número de palabras antiguas y poéticas, la libertad máxima en la distribución lingüística, la propensión hacia las frases nominales, las concordancias según el sentido, el desequilibrio abrupto entre las frases, la continua tendencia a la variación lingüística y las antítesis hacen de ella un verdadero modelo al tiempo de belleza y dificultades. Y ello hasta el punto que se ha considerado en ocasiones a nuestro autor como una especie de esquilo en prosa, oscuro y retorcido.

Pero en verdad, Tucídides alterna continuamente el equilibrio y la variedad. En todo caso, su propósito, según propia confesión, no es el de divertir a los oyentes como si de un certamen poético se tratara, sino serles útil. La exactitud en el uso de las palabras es un rasgo que le diferencia de la historiografía anterior.

Usa el escritor el ático puro y viejo de las inscripciones del siglo V, junto a otro ático más reciente que con el tiempo será elemento decisivo en la formación del griego común o koiné. Tucídides, impregnado del espíritu ilustrado de su época, se decide a escribir una historia científica dotada de propias leyes, consciente de que hay unas leyes inmutables que rigen la naturaleza humana, physis. El azar, tyge, le sirve para referirse a todo lo que acontece fuera de cálculo y previsión.

En ambos casos, el proceder de Tucídides es paralelo al de la medicina hipocrática. Para lograr su empeño, escribir una historia científica, necesita un contenido nuevo, la guerra de aquel momento y no las del pasado remoto o cercano. Una cronología científica, distinta de todas las demás, basada en inviernos y veranos.

Un nuevo método de investigación que desconfía de la transmisión oral e incluso de la propia opinión. En el libro I, capítulos XXI y XXII, expone un programa metodológico. Nuestro autor, a diferencia de Heródoto, omite lo mítico, maravilloso y grato al auditorio, las anécdotas y digresiones, las referencias a la vida privada, la religión, etc.

Hace una historia política, no filosófica ni teológica. Tiene conciencia plena de lo que está haciendo y para qué. Precisamente, una palabra que se repite a modo de marchamo literario es sinégrafe, compuso, realizó, puso por escrito, referido a sí mismo, normalmente en tercera persona.

En la búsqueda de las leyes propias de la historia, recurre en los primeros capítulos del libro I a hacer un ligero excurso sobre el pasado en cuanto que le sirve para confirmar sus investigaciones sobre el presente. Entre esas leyes de los conflictos bélicos se ve cómo el más fuerte se impone sobre los más débiles, sojuzgándolos bajo su voluntad, y cómo un imperio necesita ser injusto y tiránico para sobrevivir, cómo la ambición humana no conoce límites. Sabe Tucídides que su obra es un logro para siempre y por ello renuncia a ser agradable para

quienes la escuchen, prefiriendo prescindir de adornos míticos con tal de decir las cosas tal como son e intentando ser útil a los que en el futuro quisieran enterarse de la verdad de los hechos y de las situaciones y conflictos que en algún momento han de ser iguales o semejantes a las del momento descrito en virtud de las leyes inmutables que presiden los sucesos humanos.

Nuestro historiador estaba en contacto con las ciencias de su época. Se ha escrito bastante en los últimos años respecto a la precisión con que maneja los conceptos y teorías médicas en la descripción de la peste de Atenas, el dominio de los recursos del idioma a la manera de ciertos círculos sofísticos, la observación de los cambios en el significado de las palabras, el análisis psicológico del comportamiento humano, etc. Cree Tucídides en el poder supremo de la razón, gnome, sínesis, como factor político frente al azar, que acontece sin ser esperado o contra todo razonamiento previo.

En el estudio de las causas y de la ley natural tiene muchos puntos de contacto con Demócrito y con los tratados hipocráticos más antiguos. En su postura escéptica ante oráculos y presagios está en la línea de Anaxágoras que negaba la providencia divina y veía en la historia una serie de circunstancias materiales y de hechos humanos. Discrepa profundamente de ciertos sofistas y de algunos grupos extremados en que para él la pérdida de la moral y de la fe en los dioses son claros síntomas de corrupción.

Tucídides suele reservarse su opinión personal limitándose a exponer los hechos, pero con todo no deben atribuirsele las palabras o ideas que exponen los oradores de sus discursos. Es opinión bastante extendida la que sostiene que nuestro autor no era hombre de partido sino de los que él mismo llama moderados. En todo caso, no era ajeno a los sufrimientos del hombre.

Efectivamente, episodios como los de Platea, las guerras civiles de Corcira o el desastre de Sicilia nos muestran el talante humanitario de nuestro autor. Ningún apelativo cuadra menos a Tucídides que el de amoral que a veces se le ha imputado. CC por Antarctica Films Argentina